

Discurso de bienvenida
del Presidente Federal Johannes Rau
con ocasión del Congreso Mundial de la Union Network International (UNI)
el 5 de septiembre de 2001 en Berlín

Viendo las imágenes que se acaban de mostrar aquí, uno se anima a contar muchas cosas, sobre todo por haberlas vivido directamente en muchos casos. Uno quiere hablar de esas situaciones que nos traen a la mente estas emocionantes imágenes. Uno trata de explicar. Y plantear preguntas ante algunas de esas imágenes.

Así es: Los seres humanos tienen su historia. Los pueblos tienen su historia. A los seres humanos se les mide por su grado de identidad con su historia, con lo acontecido, también con lo que se ha ido sedimentando: cómo altera sus facciones, como modula su voz, cómo los transforma, qué formato, qué perfil adquieren. Esto vale para los pueblos y para los individuos.

Por cierto: también las palabras tienen su historia. También hoy utilizamos en este Congreso palabras que no existían en mi niñez o en mi juventud. La palabra globalización no figura en ningún diccionario de los años cincuenta o sesenta. Tampoco aparece en los setenta ni en los ochenta. Pero de repente este término ya resulta manido; es como una moneda desgastada que todo el mundo utiliza y nadie se da cuenta de que la palabra es totalmente nueva, que describe una realidad evidentemente transformada. Esto es lo que sucede con la globalización, se trata de una realidad modificada, pero no totalmente diferente. Lo que implica la globalización ya se vislumbra en el siglo XIX, quizás ya a finales del XVIII, pero indudablemente desde mediados del siglo XIX, sólo que no recibe ese nombre, sino que se designa como internacionalización. En aquel momento se identificaba con esta expresión el intercambio de mercancías, el intercambio de bienes entre distintos países, y los sindicatos fueron de los primeros en sumarse a ese movimiento.

Desde su fundación los sindicatos siempre se han concebido a sí mismos desde una perspectiva internacional. Y fue bueno que lo hicieran. Tenía que ser así, porque muchos de los problemas, muchas de las cuestiones y reivindicaciones trascendían las fronteras nacionales.

Entre tanto existen palabras totalmente nuevas. La palabra Internet, que mis hijos manejan como se existiera desde siempre, yo lo aprendí como sexagenario. No toda palabra lo alegra a uno cuando viene de nuevas.

Desde hace algunos meses – no sé si las y los participantes alemanes ya se han percatado de ello, existe en nuestro país una expresión totalmente nueva, por lo menos en los noticieros, me refiero a la "advertencia" de beneficios (que otros llaman previsión de beneficios). Yo no había oído nunca esta expresión. ¿Cómo se puede advertir de un beneficio? Evidentemente el sentido es otro. Esta expresión alemana nos llama la atención sobre el hecho de que vivimos en unos tiempos – esto es lo que nos dice la palabra globalización – en unos tiempos de aceleración casi infinita.

Todo es tremendamente vertiginoso. Cuanto más deprisa marchan las cosas, más se diluyen las pautas y los referentes. Por añadidura, las noticias que nos llegan son contradictorias. A saber, se nos informa de que tal y cual empresa se han fusionado para fortalecer su posición y, por querer acceder a esa posición más fuerte, se debilitan en un punto, concretamente en el mercado laboral.

Hemos vivido una etapa, y me temo que no haya terminado, en la que las conferencias de prensa sobre los balances de las compañías comenzaban con la noticia del incremento de las ganancias, de lo cual alardean los ejecutivos, para acto seguido comunicar el recorte de puestos de trabajo. No puede ser éste el sentido de la actividad económica. Estoy convencido de que esto es incompatible con la economía social de mercado tal y como la entendemos; no puede ser que la maximación de beneficios ocupe la primera posición entre las obligaciones de los directivos de las empresas, aun a costa de la reducción de puestos de trabajo; antes bien, siempre tendrían que combinarse los dos enfoques: la legítima competencia para obtener grandes beneficios y la indispensable competencia para dar empleo y sustento a los trabajadores, entre otras cosas porque no sólo se necesitan trabajadores sino también clientes y usuarios. Esto provoca desconcierto. Más de un sindicalista sufre en su corazón a la hora de decidir.

He dicho deliberadamente en el corazón y no en la cabeza. Así lo experimenté en la etapa al frente de la alcaldía de mi ciudad natal. Una gran fábrica textil, planta de productos sintéticos: se dijo que se suprimiría equis puestos de trabajo. Yo me dije, tengo que presentarme. Fui y la respuesta que me dio el muy amable directivo fue: "Estas cosas ya no se deciden aquí sobre el terreno. La decisión la toman en Utrecht."

En los años en que, tiempo después, fui Ministro Presidente de Renania del Norte-Westfalia, mi tierra, a menudo me enteré de que las decisiones no se tomaban en Düsseldorf o Colonia, sino en Pittsburgh, Londres o Ciudad del Cabo. Esta es obviamente la nueva realidad, nueva realidad que también se refleja en estas nuevas palabras, la realidad de que la internacionalización, la globalización, prácticamente penetran en todos los ámbitos de la vida y en todos los sectores.

Bien se puede uno imaginar cómo el capital circula a velocidades de vértigo alrededor del globo durante las 24 horas del día, con husos horarios diferentes – en Tokio, Nueva York o Berlín. Si nos tomamos un tiempo muerto, en cierto modo obtenemos una especie de instantánea: ¿Cuál es la cotización momentánea del dólar? ¿Cuánto vale el euro en este momento? ¿Cómo se comporta el índice DAX en este instante? Sabemos que doce horas después todo será distinto. En doce horas se alteran sustancialmente las estructuras de las empresas, surgen coyunturas completamente diferentes de las que reflejaban tan sólo un día antes los periódicos.

Las noticias, los bienes, los servicios y los capitales circulan por el globo a velocidades de vértigo. Nadie puede frenarlo. Nadie quiere frenarlo, porque vivimos en este mundo compartido por todos y como tal este mundo no es susceptible de reducirse a mi pequeña parcela, a mi pequeña circunscripción electoral, a mi zona de influencia familiar. No, sería insensato frenarlo.

Pero igualmente insensato sería olvidar que los bienes, servicios y capitales pueden circular a esas velocidades alrededor del globo, pero no nosotros los seres humanos. Los seres humanos necesitamos tener los pies sobre la tierra. Necesitamos el hogar y el terruño. Necesitamos al vecino y la proximidad. Esto nos desgarran el corazón: Que por una parte estoy luchando aquí por los trabajadores, por subidas salariales, por mejores condiciones de trabajo, y sabiendo que con todas las reivindicaciones que logro satisfacer, éstas mis decisiones y mis éxitos entre tanto repercuten en personas en la misma situación vital, en una situación de dependencia igual o mayor, en otros países, en otros continentes.

Existiendo la obligación de cambiar sobre el terreno aquello que debe cambiarse y mejorar lo que puede mejorarse y existiendo la responsabilidad internacional recíproca de toda la humanidad, por eso precisamente la internacionalidad de los sindicatos constituye una demanda irrecusable.

No nos podemos permitir el contraponer a la internacionalización del capital una permanente provincialización de los derechos de los trabajadores.

Siendo esto así, a uno naturalmente lo marean las cifras que acabamos de oír: 150 países, 15 millones de miembros – no recuerdo todos los datos, además cambian. Pero sí que sabemos que nadie puede sustraerse. Nadie puede afirmar: Yo sólo me ocupo de mí mismo. Ocuparse de sí mismo implica asumir responsabilidad por los demás.

No es de recibo que el capital, el dinero, el shareholder se internacionalice, anonimizándose simultáneamente, y que nosotros escurramos el bulto. Por eso es importante que Vds. hayan seguido

esta vía con la UNI. Por eso he venido gustosamente para transmitirles mis deseos en esta línea. No porque coincida con toda y cada una de las reivindicaciones sindicales. Eso es algo que no he podido hacer nunca. No porque entienda de todos los campos de los cuales se ocupan Vds. en sus países y en sus ramos, sino porque creo lo siguiente: Si deja de ser válido el principio de que la economía debe estar al servicio del ser humano y resulta que el ser humano es el que queda al servicio y a merced de la economía, este mundo deja de ser humano, pero tiene que ser humano. Por eso la economía tiene que estar al servicio del ser humano y no al revés.

Y hay una segunda razón por la cual estoy presente aquí esta tarde: Se llama Kurt van Haaren. No sé cuánto hace que nos conocemos. Siempre me ha tratado conforme al versículo bíblico: "Hoy (Yavé) te ha puesto en mis manos." Y no me ha soltado nunca, a lo largo de tantos y tantos años, en toda mi trayectoria en distintos cargos de responsabilidad. En este Congreso concluirá su mandato y entregará el testigo de su labor sindical a escala nacional. No para cruzarse de brazos sino para adentrarse en nuevos campos de actuación y asumir responsabilidades sociales en otra posición. Así pues, he pensado que bien merecía la pena acercarme hasta aquí para expresarle públicamente mi gratitud.

Querido Kurt, te deseo todo lo mejor, cuídate y prométenos seguir por lo menos tan activo como hasta ahora.

Concluidos los prolegómenos, le doy a este Congreso mi cordial bienvenida, no sólo en Berlín, la capital federal, representada por Klaus Wowereit, sino en Alemania, en esta querida y difícil patria, entre el mar y la montaña, con gentes distintas, de temperamentos y talentos distintos, con sus dialectos, inmersa en un proceso de compenetración entre el Este y el Oeste, entre jóvenes y mayores. Es sugerente y hermoso vivir aquí. El que vivamos en este país en paz desde hace 56 años – el período de paz más largo de la historia de nuestro pueblo y de nuestro país – es motivo de profunda gratitud. Por eso queremos seguir siendo en el futuro un pueblo y un país al servicio de la paz, abanderado de la paz, inasequible al odio, que rechaza la violencia y practica gozosamente la convivencia diaria.

Hago votos por el éxito de su Congreso.